

## Editorial

Un viejo proverbio inglés enseña que la polis es *man writ large*, es decir que la política es una proyección *in extenso* de lo que transcurre *in foro interno*. Esto significa que en el interior del ciudadano existe sustancia pública, material que es susceptible de posesión pero no de control; cosas que afectan a los intereses de todos los demás. El reconocimiento de esa complementariedad de un foro externo con otro interno es lo que ha llevado a tantos teóricos de la política a preocuparse tanto por el *statecraft*, la ingeniería del Estado, como por el *selfcraft* o construcción de la identidad del ciudadano <sup>1</sup>.

Últimamente se está viviendo en España una extensión de los estudios universitarios sobre la política. No hace mucho que se abrieron las puertas sin prejuicios a la ciencia internacional y ya existe toda una profesión nutrida de científicos de la materia. Afortunadamente la ciencia política española puede considerarse hoy en día, como ocurre con tantas otras ciencias, normalizada.

Uno de los puntos fuertes de la generación actual de politólogos españoles ha sido la formación en historia de las ideas. Esto era así debido a que en su necesidad de arrancar en un clima político de dictadura militar y de guerra fría, la infancia de la ciencia política se nutrió de los departamentos de derecho público y de los de historia de las instituciones. La carrera de ciencia política y la formación de sus practicantes se ajustaban a la de los juristas o de los historiadores. Añadamos a esto que los sectores de izquierda insistían también en la necesidad de lo económico, o cuando menos en la necesidad de enfatizar los aspectos materiales o sociales de la historia.

Como consecuencia, los politólogos españoles han presentado siempre una curiosa suficiencia en temas históricos y en concreto de historia de las

---

<sup>1</sup> «La 'proyección del propio ego en el mundo' es un proyecto real ... o bien es una proyección del mundo en el propio yo». *Entre amigas. Correspondencia entre Hannah Arendt y Mary Mcarthy*, Lumen, Barcelona, 1999, p. 292, (edición a cargo de Carol Brightman, 2.ª ed.).

instituciones. En este sentido, la izquierda entendió que Karl Marx se hallaba dentro de la tradición republicana cuando se planteaba que la liberación del hombre debía ser traspasada del campo de la mente al campo de la historia.

Rorty comenta que los poetas románticos han puesto en evidencia lo que puede pasar, y de hecho está pasando ya, cuando «los poetas reclaman para el arte el lugar en la cultura que tradicionalmente mantenían la religión y la filosofía, el lugar que la Ilustración había reclamado para la ciencia»<sup>2</sup>. Hoy en día cuestiones como la verdad o lo honesto han quedado fuera del contexto de la ciencia de la política. Una larga tradición en la que el estudio se entendía dialécticamente, como un enfrentamiento entre maestro y discípulo, entre personas y libros, entre escuelas antagonistas, entre el intelectual y el poder, ha culminado en una visión de la sociedad bastante militarizada y en donde los ciudadanos son individuos perpetuamente vigilantes. Un mundo que podríamos denominar *insomnia*.

Curiosamente, en una carrera universitaria que se preocupa constantemente por ser una ciencia y en la que sus planteamientos son radicalmente inmanentes, los alumnos comienzan a quejarse de terminar sus estudios sin haber profundizado lo suficiente en los grandes maestros de la teoría política; y por supuesto de no conocer bien los nuevos avances teóricos.

Con ello, quizá se está retrasando en nuestro país una revisión interesantísima que, debido al hundimiento de las ideologías movilizadoras, está permitiendo hoy abrir nuevas vías de pensamiento.

Una de ellas es el surgimiento de la retórica. Parece como si al fin, y después de períodos de tiempo sorprendentemente largos, algunos colegas empezasen a preguntarse por esa sabiduría que Aristóteles consideraba la hermana gemela de la dialéctica e imprescindible para entender la política.

Del mismo modo algunos nos hemos alarmado porque un pensador tan notable y sabio como *Marcus Fabii Quintiliani*, Quintiliano, haya permanecido enterrado en vida sin que la teoría política le prestase el interés debido. O de la importancia que la retórica tiene en el pensamiento de grandes maestros como Niccolò Machiavelli, Thomas Hobbes, Hannah Arendt o Sigmund Freud.

En este ambiente de querer recuperar toda esa tradición occidental discontinua, se encuentra la aparición de nuestra revista. Se trata de una veta —un tesoro— que sólo aflora con el genio de los grandes rétores modernos que, a pesar de todo, han acudido a sus enseñanzas. En un siglo en el que ha sido difícil mantener una tradición de discurso y en el que por otra

<sup>2</sup> Richard Rorty, «The Contingency of Language», en Michael Bernard-Donals y Richard R. Glejzer, eds., *Rethoric in an Antifoundational World*, Yale University Press, New Haven, 1998, p. 65.

parte el *orare* ha quedado desprestigiado, en un tiempo en que lo visual ha arrasado y esquilmo la tradición oral o de conocimiento *ex auditu*, se empieza a sentir la necesidad de restaurar la teoría política. Se hace imprescindible reconstruir la ciudadanía para que los ciudadanos que la compongan, lejos de ser esa colección de muñequitos racionales y militantes que con frecuencia son, puedan aparecer más completos. La incorporación de la mujer a la escena pública, con su inserción en el trabajo remunerado, las profesiones, la administración pública y el gobierno, ha entregado a la sociedad elementos esenciales que estaban desterrados.

Según Quintiliano, Zenón diferenciaba entre dialéctica y retórica expresando gráficamente que si la primera era el puño cerrado, la segunda era la mano abierta. O, en otro sentido más preciso, que la dialéctica era una *oratio concisa* (el logos cortado) mientras la retórica era *oratio perpetua* (el logos completo de las veinticuatro horas de la vida del hombre). Con ello ponía de manifiesto que la transmisión de vida, de conocimientos y de emociones profundas y sabias, no se puede encajonar en fragmentos de tiempo prefijados de antemano y sometidos al gobierno autoritario del individuo.

La aparición de un siglo veinte en el que las grandes utopías han sufrido serios descalabros, permite al fin sacar de las catacumbas a esos componentes del ser humano que podríamos englobar en la letargia. Junto al ciudadano insomne y alucinado de esta *democracia vigilante* a la que hemos llegado, se empieza a plantear una visión más completa que no viene a descalificar, que no se plantea la ciencia como confrontación de *doxai* (la *doximata* que tanto criticó Eric Voegelin), sino que entiende el *bios politikhos* como la oportunidad para esa *oratio perpetua* en la que el individuo no queda cercenado —higienizado— y en el que el imperio del mundo interno de San Agustín, el *kingdom of darkness* de Hobbes o el no consciente de Freud, se abren paso sin que nadie les arreste y nos dan una percepción más completa del ser humano. Dejan de ser esos eternos *infantes* —sin voz— de la polis que el siglo veinte nos entregó.

Hoy vemos el siglo pasado como uno de los más destructivos. Además, se trata de un periodo en el que la creatividad teórica escasea, ya que se vive sobre ingenierías y teorías políticas de siglos anteriores. Los desarrollos modernos, con ese imperio de una dialéctica depurada de retoricismo, no han sido satisfactorios. Y no podemos decir que su fracaso se deba precisamente a las impurezas retóricas que han interferido. El desarrollo del positivismo y del historicismo, con su pretensión de instalarse entre las ciencias, se ha preocupado de purgar las metodologías de todo vestigio retórico. La didáctica moderna ha desarrollado acciones encaminadas a considerar lo retórico como un resto inmundo de confusión, deshonestidad e ineficacia para la búsqueda de las verdades objetivas. Los pensadores retóricos fueron desprestigiados hasta su anulación. El ataque ha sido tan concienzudo que, incluso en el lenguaje cotidiano, la retórica

ha quedado asimilada a algo grotesco, deforme, fuera de la realidad de nuestro tiempo.

A pesar de este triunfo de la dialéctica y de sus métodos, los resultados no han sido todo lo gloriosos que se esperaban. Grandes visiones supuestamente dialécticas han sucumbido solas sin que nadie las haya empujado. Otras se han embarcado en rumbos que les han llevado a callejones sin salida, como es el caso del liberalismo universalista sobre el que pende la amenaza nuclear, la contaminación del ecosistema y la generalización de lo que se puede llamar una democracia que adolece de corrupciones crónicas. En fin, una sociedad en la que se vuelve a vivir y a formar ciudadanos con el *como si* —no hace falta que las cosas sean verdad sino que parezcan como si lo fuesen— del que ya comentaba Freud con preocupación a principios del siglo veinte.

Lo cierto es que el gran teórico de la dialéctica, Aristóteles, colocaba juntas e inseparables a lo que él consideraba las dos hermanas gemelas: dialéctica y retórica.

En la situación actual de la ciencia política y de su enseñanza, empieza a ser importante cultivar prioritariamente la teoría, es decir el estudio lento y minucioso de los grandes maestros. No mediante una exégesis escrutadora de sus escritos, sino entendiendo sus textos como partituras musicales en las que, bajo la textualidad de sus obras, se halla sumergida una musicalidad tan real como la literalidad más aparente.

En este sentido la recuperación de la retórica y su liberación de las prohibiciones que pesan sobre ella, puede ser un paso decisivo. Resulta curioso cómo, para la filosofía política contemporánea, la dialéctica ha caído en el desprestigio sin que nadie se plantee exactamente por qué. No se sabe si es que ya no nos sirve o si la hemos dejado en reposo hasta que pase la tormenta del estrepitoso colapso del marxismo y sus experimentaciones. Es lamentable que sus partidarios no se hayan dado cuenta de que esa dialéctica, que la europeización del mundo nos ha querido vender, no deja de ser un producto alterado de aquella otra dialéctica clásica que floreció en las *poleis* de habla griega y para las que la vida política no podía desprenderse de la retórica.

Lo que postulamos nosotros es la necesidad de reconstruir la ciudadanía no abandonando la dialéctica como algo ya inservible —que no nos sirve para nuestras estrategias paramilitares en la vida— sino reconsiderando aquella otra que se ofrecía a una ciudadanía que se quería íntegra y en la que la *oratio perpetua* no hubiera desaparecido del todo. Ciertamente que la degradación de la ciudadanía existió probablemente siempre y que las intuiciones de la retórica nunca encontraron la salida de su virtualidad.

Creo que hoy ha llegado el momento de plantearse su recuperación y de proponer el entendimiento de la ciudad de una manera más completa, sin prohibiciones violentas ni segregación de los individuos.

Eso sólo lo podremos hacer si estudiamos la sociedad vigilante que se ha establecido con tanta fuerza como confusión. Lo cierto es que nos hallamos en medio de unos remolinos que están conduciéndonos a una democracia pestilente en la que se predica una cosa de la vida política, se asegura que esa es la realidad, y se ejecuta otra muy distinta ¡y consensuada!

Se hace prioritario partir de esa democracia para liberar poco a poco todos esos componentes de la ciudadanía que han quedado atrapados *sine die*. Se debe recuperar una ciudadanía que hoy está desvirtuada por la represión de lo que la retórica quiso poner a salvo. La cotidianidad, los espacios públicos internos, la importancia de lo literario y la trascendencia pública de lo femenino, pueden componer un camino más profundo y eficiente hacia las causas de la tiranía y la violencia letal.

La recuperación de lo literario, que Freud reivindicaba en sus escritos de neurólogo, puede que sea algo que debemos cursar los politólogos. Sobre todo como antídoto contra lo que Sheldon S. Wolin llamó hace años el *metodismo* y que consiste en una aplicación sistemática y universal de las técnicas de cálculo e indagación para encontrar esa verdad fáctica que está ahí fuera. Una verdad de los hechos que, en nuestro mundo guiado por el ojo microscópico-telescópico del que nos alertaba Leo Strauss, no deja de ser una verdad acorralada por el inmanentismo en este mundo. Un universo material cerrado en el que la fantasía de la globalidad esconde tiempos de claustrofobia.

*FORO INTERNO* sale al mercado con la idea de contribuir a restablecer la importancia de la teoría en la ciencia política. Su interés es abrir las puertas al talento que busque un lugar donde reflexionar sobre la democracia del siglo veintiuno. También analizar la obra de los maestros que nos deben proteger en nuestro trabajo y proceder a la revisión de todo aquello que requiera ser meditado. En todo caso no pretende desplazar nada, sino más bien sumar; fortalecer una ciudadanía que se ha visto muy adelgazada, o incluso falseada, por la obsesión occidental de colocar todas las pieves en su sitio y por dominar lo impredecible de la historia.

*FORO INTERNO* quiere dirigirse especialmente a aquellos pensadores que, por trabajar en lindes entre especialidades, o por transitar en terrenos poco habituales, encuentren difícil ofrecer sus hallazgos o el resultado de sus investigaciones a un ramo concreto de la ciencia. Estaremos encantados en admitir trabajos de otras disciplinas como teoría literaria, estudios culturales, literatura, filosofía, psicología, ingeniería política o cualquier otro campo, con tal de que sus trabajos sean una contribución a la teoría política contemporánea. En este sentido somos conscientes de que algunas de las más grandes aportaciones teóricas han llegado a la ciencia política desde campos retirados aparentemente de su trabajo diario.

En un momento de cambio como el actual en que la desilusión con la política y la falta de inspiración son tan inquietantes, estamos asistiendo a una insistencia desmesurada en la idea de *deliberación*, dándole vueltas una

y otra vez a planteamientos discursivos de la democracia que no hacen sino agravar el problema.

Creemos necesario que la teoría política, la ciencia política en pleno, abra su interés a estas cuestiones que tanto nos preocupan. La teoría moderna ha llegado a un *callejón* en el que parecen sucederse desde dentro los intentos por enmendar la dirección del vehículo en marcha. Este ha sido, entre otros, el caso de la reflexión de Richard Rorty o la aportación de la hermenéutica de Hans Gadamer. Aún así son intentos extraordinarios por su sutileza que no pretenden, ni nadie lo entiende así, explicarnos con un nuevo saber la política actual.

El agotamiento de esa dialéctica que produce un discurso imparable e inagotable es patente. La vida de los jóvenes ya descuenta como un esfuerzo transitorio y estéril el tener que saberse de forma nominal las leyes explicativas del edificio político en el que les toca vivir. Saben que la vida que se van a encontrar en las autopistas y en los mercados dista mucho de lo que les enseñan los maestros.

La apertura a las inquietudes de la antigua retórica y el alejamiento de esa seguridad historicista de la que tanto abomina con razón Rorty, son sólo primeros pasos de un mundo muy diferente que nos vamos encontrando cada día a la puerta de nuestra casa con la impresión de no haberlo cuidado ni entendido.

Para no ser pesimistas, también cabe recordar los grandes avances sustantivos de la reflexión sobre la vida política. Las nuevas tecnologías de la comunicación, la amplitud de los mercados o la incorporación de la mujer y de los niños a la vida económica y pública, han supuesto transformaciones extensas y profundas. Ello está permitiendo nuevos entendimientos del saber, de la vida universitaria y del porqué, de los muchos porqués, del politólogo.

En fin, *FORO INTERNO* sale a la calle con la intención de aportar un grano de arena —o de sal— al interés por entender mejor nuestras vidas diarias en los foros públicos existentes; foros que —como esta publicación sostendrá con frecuencia— no siempre son externos.